

Día del Libro 2008



Escuela de Escritores
Relato de Isabel Cañelles
Fotografía de Rafa Turnes

Los cuentos de amor ya no se llevan

Ed. Ayuntamiento de Alcalá de Henares

¿Qué les lleva a Roberto y Lulú, dos niños tuberculosos y únicos pacientes de un hospital desértico, a discutir a muerte por una simple lámina? ¿Y qué espera, aparte de una llamada telefónica, una adolescente que friega los platos hasta arriba de éxtasis? ¿Qué puede llegar a pasar por la cabeza de una chica cuando sale a ligar? ¿Y qué siente cuando se enamora por primera vez? ¿Por qué los hombres odian que las mujeres les compren un cepillo de dientes? ¿Y qué lleva a la Gloria sumisa y complaciente con los hombres a realizar un traspaso de poderes a otra Gloria resuelta y desafiante? ¿Por qué a Hortensia le cabrea tanto que Eduardo sea feliz? ¿Puede dárseles a todos estos interrogantes un final feliz rescatando a un hombre de la trinchera que él mismo se ha construido?

Si alguna de estas preguntas despierta tu curiosidad, igual eres uno de esos raros especímenes a quienes les sigue interesando investigar sobre esa afección que ahora tratan de mantener viva solo en los laboratorios publicitarios, ya que únicamente resulta rentable el día de San Valentín. El resto del año más vale encapsularla y que el contribuyente invierta todas sus energías en producir, consumir y ver la tele a partes iguales. Que para eso, parece ser, nos han dejado llegar al siglo XXI.



Isabel Cañelles nació en Madrid en 1969. Es licenciada en Filología Hispánica por la Universidad Complutense de Madrid.

Es la fundadora de la Escuela de Escritores y la ha dirigido desde 2000 hasta 2006. Asimismo, ha impartido e imparte cursos de relato, escritura creativa y redacción y estilo en diversos talleres e instituciones.

Es autora del libro *La construcción del personaje literario* (un camino de ida y vuelta), editado en 1998 por la editorial de Escritura Creativa Fuentetaja, y ha colaborado en la redacción de diversos manuales de teoría y práctica del relato.

Escribe relato y guión de cine. Sus relatos han sido incluidos en diversas antologías y es autora del guión del cortometraje *Sombras*, dirigido por Jaime Bartolomé en 2007.

* * *

La presentación de la antología *Los cuentos de amor ya no se llevan* será el martes 29 de abril, a las 19.00 en la Sala Gerardo Herrero, del Área de Cultura de Alcalá de Henares (Plaza de San Julián 1). Estará a cargo de los escritores Eloy Tizón y Ángeles Lorenzo.

Isabel Cañelles participará en *La Noche de los Libros* a partir de las 20:00, en la librería especializada en relato *Tres Rosas Amarillas* (San Vicente Ferrer 34, Madrid). *Los cuentos de amor ya no se llevan* estará a la venta a partir de ese día en *Tres Rosas Amarillas* y otras librerías nacionales.

EL PEZ MÁS VIEJO DEL RÍO

Por Isabel Cañelles López

De la antología *Los cuentos de amor ya no se llevan*, ganadora del Premio Ciudad de Alcalá 2007, Ed. Ayuntamiento de Alcalá de Henares - Colegio del Rey, Colección Alcalá Narrativa, 2008.

La lista empezaba en Santiago Albarracín y terminaba con Cosme Zurita. Entre medias había de todo. Yo era la número siete: Corín. Susana Corín. Odiaba mi apellido. En realidad me odiaba por entero. Sobre todo las gafas. Los primeros días de clase me las quitaba a escondidas debajo del pupitre pensando que, si yo no veía a nadie, nadie me veía a mí. Hablaba poco, o más bien nada, y entre eso y lo de la vista creí que podría pasar ese curso sin pena ni gloria en medio de aquella jauría. Ni por esas. Ellos sí hablaban, sabían muy bien lo que se decían y me necesitaban para lucirse.

—Jolín, Corín. Cómete un colín.

Yo los observaba desde detrás de mis gafas y no decía nada. ¿Qué iba a decir? Luego volvía la vista y me quedaba mirando a Diego, que me gustaba mucho más. Era pelirrojo, se sentaba junto a los ventanales y a través de sus pestañas se veía el cielo. Él era el único que no reparaba en mí, y yo creo que por eso me gustaba tanto.

Antes de entrar en la clase, don Paco pisoteaba la colilla en el umbral con persistencia maniática. Era un hombre flaco de perilla escasa, vestía vaqueros ajustados y tenía grandes dosis de melancolía que mezclaba a veces con un precario sentido del humor. También don Paco me gustaba, y tampoco él reparaba en mí.

Lo primero que hacía don Paco cuando entraba era mirar hacia las ventanas para ver si habíamos sacado las plantas a la luz y las habíamos regado abundantemente. Si no era así, nos observaba con tristeza mientras se acariciaba la perilla con la mano.

—Si no podéis cuidar de unas pobres plantas durante un curso completo, ¿cómo cuidaréis de vosotros mismos?

Yo me moría de pena cuando nos miraba así, no por nosotros ni por las plantas, sino por él. Cogía de la estantería mi favorita, una cinta de hojas llorosas y amarillentas, y corría al servicio para anegarla. Todos lo hacíamos. Nadie podía soportar que don Paco nos mirara así.

Don Paco hablaba del olmo viejo hendido por el rayo y en su mitad podrido, que en realidad era España, y de los glaciares quietos, que en realidad se movían. Según él, nada era lo que parecía.

—No os dejéis engañar —solía decir, y nos apuntaba con un dedo larguísimo.

Uno se podía sentar en los bancos o encima de las mesas. Diego lo solía hacer en el alféizar de la ventana muy suelto, muy ausente, muy pelirrojo. Yo no quería llamar la atención, así que dejaba de lado la libertad que don Paco nos brindaba y me hundía en el banco hasta los hombros.

A mi lado se sentaba la *Mofeta*. La llamaban así porque apestaba, pero para mí era Esperanza. Tenía tres años más que nosotros, el pelo aceitoso y la cara llena de espinillas. La acompañaba a veces hasta una distancia prudencial del grupo de chabolas donde vivía. Otros días acompañaba a Olguita, que tenía una enfermedad que le impedía crecer. Era una miniatura, y su madre la vestía como a una miniatura, con vestiditos de encajes y lazos azul cielo. Yo era alta, desgarrada, y llevaba vaqueros desteñidos y ropas anticuadas desechadas por mis hermanos. Hacíamos un bonito contraste.

Olga, Esperanza y yo formábamos la diana donde se encajaban los dardos de las burlas generales. Nos agrupábamos para que dolieran menos, pero dolían lo mismo.

—¡Mofeta!

—Tu padre.

Obdulio Pavón era un niño sobrealimentado de pelo rizado, y estaba tan seguro de sí mismo que entraban ganas de matarlo. «En Navidades, ponga un Pavón en su mesa», pensaba yo. Pero no lo decía.

En noviembre don Paco nos habló de las clases de teatro. Fuera del horario escolar, en el gimnasio del colegio. Se pagaban aparte, así que nos apuntamos menos de la mitad. Yo odiaba el colegio, pero también odiaba volver a casa, así que me apunté sin una noción clara de lo que era el teatro. Cuando le alargué el dinero del primer trimestre al salir de clase, don Paco ni siquiera me miró; parecía hundido en su saco de melancolía.

* * *

Creo que él tampoco tiene una noción clara de lo que es el teatro. En la primera sesión nos hace tumbarnos en el suelo y cerrar los ojos. Tengo a mi lado a Pavón, que aprovecha para darme un pellizco en el hombro. No digo nada, pero pienso en lo de las Navidades y consigo concentrarme en la respiración, que dice don Paco que ha de iniciarse por los pies. Yo no sé si estoy respirando por los pies, pero el caso es que se me duermen.

—Ahora, pensad que sois peces. Dejad que el agua os entre por las branquias.

—¿Qué son las branquias? —pregunta el imbécil de Pavón.

Se oyen risas. Don Paco chista y susurra:

—Los peces no hacen preguntas ni se ríen. Los peces lo saben todo, por eso no necesitan hablar y nada les hace gracia.

Yo no hablo nunca ni me río, así que me siento inmensamente pez. Cuando me quiero dar cuenta estoy hecha de una sustancia gelatinosa y traslúcida, acuifera. En mi transparencia nadie me puede ver. Soy feliz. Me muevo sin dificultad entre los corales. Abro un ojo de pez y veo que todo el mundo está recogiendo para marcharse. Me levanto deprisa, me sacudo el serrín de encima y salgo antes de que alguien repare en mí.

* * *

Don Paco era igual en la clase que en el gimnasio, pero yo me empecé a dividir. Los días en que había teatro, se soportaba mejor el olor a goma de borrar y las collejas de Estebaranz. Y el recreo no se hacía tan largo.

El patio del colegio era en realidad un descampado ceñido por la autopista, una gasolinera y algunos bloques grises en cuyos bajos se situaban las aulas. Yo solía ser la última en salir al recreo y la primera en regresar a clase. Siempre que podía me escabullía de Esperanza y Olguita, y me sentaba junto a la autopista. Allí el ruido de los coches no me dejaba escuchar los gritos de los que jugaban al rescate. A veces se acercaba el profesor de guardia, me daba unos golpecitos en la cabeza y me decía en tono compasivo:

—¿Qué haces aquí sola, Corín? Vete a correr por ahí, chica.

Yo me levantaba y me sentaba unos metros más allá, una vez que el profesor ya se había olvidado de mí por completo. Miraba con envidia cómo los chicos jugaban al burro y las chicas se medían las tetas en grupos risueños. Lo único que sobresalía de mi cuerpo eran las gafas, así que no tenía nada de qué hablar con ellas.

* * *

Pero en las clases de teatro me vuelvo otra. El gimnasio se ha convertido ahora en un castillo. Cada uno tiene su espacio y cumple su papel. Pavón es el fantasma, claro. Se cubre con una sábana blanca y lleva bajo el brazo, no sé muy bien para qué, una calabaza con ojos que le ha comprado su padre.

El castillo tiene un corredor imaginario que va desde la entrada del gimnasio hasta las puertas del salón de actos. Según se entra a la derecha está la torre de la princesa Turulón, que no es otra que Carmina Villegas con un cucurucho de cartón sobre la cabeza, lanzando grititos. Como se pidió ser princesa, la muy tonta, don Paco le ha dicho que ha de estar ahí encerrada todo el tiempo.

A la izquierda hay una serie de cuartos comunicados donde vive Drácula y su cuadrilla de vampiros, que cada vez son más a medida que nos van mordiendo. Si sigues por el pasillo hay que torcer a la izquierda y subir unas escaleras. A veces se nos olvida y don Paco nos regaña porque hemos traspasado el muro de carga del castillo sin ser fantasmas, como si tal cosa, y eso no es *verosímil*.

Después de mil vueltas y revueltas está el salón del rey de Francia, donde Diego no para de ensayar reverencias ante cualquiera que se le planta delante. Yo soy la doncella, y aprovecho siempre que puedo para ir al salón con cualquier recado para el rey. Pero como soy una simple criada, Diego no me hace muchas reverencias que digamos, sino que intenta darse aires de importancia, asiente y me hace un gesto despectivo para indicar que me puedo marchar. A mí no me importa, porque es la única oportunidad que tengo para verle de cerca. Tiene un pequeño lunar, también pelirrojo, junto a la oreja. Huele a camisa de cuadros.

—Sí, mi Majestad —le digo—. Adiós, mi Majestad.

Salgo de las clases de teatro como flotando. Cuando paso por delante de las chabolas donde vive Esperanza, me la imagino en el castillo y no me cuadra.

* * *

Al volver del recreo solíamos tener clase de lengua. Nos poníamos en fila frente a la pizarra y don Paco nos iba preguntando por sorpresa:

—Número siete. Pretérito pluscuamperfecto de subjuntivo del verbo *vencer*.

Yo era la número siete. Me temblaban las piernas por la tensión, pero siempre contestaba bien:

—Eeeeh... Hubiera o hubiese vencido.

No sabía lo que era eso, pero lo decía bien. Cuando don Paco se dirigía al siguiente, Estebaranz me pegaba una colleja y me decía por lo bajo:

—Empollona. Sosainas.

Zurita y Estebaranz se sentaban justo detrás y se dedicaban a hacernos la vida imposible a Esperanza y a mí. Pavón, desde el fondo de la clase, no se quedaba atrás, y en cuanto don Paco salía a por tizas o a fumarse un pitillo, se oía su voz gangosa:

—Cegata. Cuatro ojos.

Un día de febrero en que había clase de teatro, Pavón le levantó la falda a Esperanza y yo le estampé su estúpida calabaza en la cabeza, que era donde debía haber estado desde el principio. Me sorprendió tanto mi atrevimiento que ni sentí el bofetón. Me quedé con la boca abierta, sin saber qué decir.

Tuve la mejilla hinchada tres días, pero no me importó, porque Pavón ya no se volvió a acercarme a mí. Esperanza y Olguita, al contrario, se me pegaron como lapas, y ya ni en los recreos me podía escapar de ellas.

* * *

En el gimnasio, don Paco decide acabar con el castillo, que se ha convertido en un auténtico caos. El grupo de vampiros no para de morder a diestro y siniestro, el mocoso de Pavón lloriquea todo el rato porque sin calabaza no puede ser fantasma, y hasta hemos tenido un herido, Goitia, que trató de subirse a la torre de la princesa haciendo contorsionismos y se torció un tobillo. Y mira que la torre era de mentiras. Diego se ha cansado de hacer reverencias y se dedica a mirar melancólico al vacío desde su trono, y yo a mirarle a él desde la ventana de mi cuarto de criada.

Don Paco decide que vamos a hacer expresión corporal.

—Por parejas —dice.

Yo me apaño para acercarme a Diego, y me toca con él. Me tiemblan los labios y ni me entero de las instrucciones que da don Paco. De pronto Diego me coge con suavidad por la cintura y empuja mi espalda hacia delante. Me quedo con la cabeza colgando y se me doblan las rodillas. Él me sujeta con firmeza y me dice:

—Las piernas rectas, ¿no lo has oído?

Lo intento con todas mis fuerzas, pero empieza a dar vueltas el gimnasio entero. De repente estoy tumbada boca arriba en el suelo, con los ojos de Diego a un palmo de mis gafas. Los tiene verde mar. Me entran ganas de darle un beso en las pestañas. Voy a hacerlo. Me muero por hacerlo. De pronto oigo la risa de Pavón y veo que están todos a mi alrededor. Me levanto mientras don Paco disuelve el grupo. Recojo mi abrigo y me voy corriendo. Cuando estoy muy lejos del colegio me apoyo en una tapia tan gris como el cielo y lloro.

* * *

Cuando la primavera estaba por llegar mi planta sacó unos esquejes que parecían flores y don Paco nos encargó construir una polea. Yo miraba las fotos del libro y no sabía cómo hacerlo. Después de dos días se me ocurrió. Busqué dos botones iguales en la caja de costura de mi madre. Los cosí del revés, dejando un canal de hilo enrollado en el medio, y atravesé una aguja que hacía de eje de rotación. Luego revolví en el cajón de los adornos de Navidad, y encontré algo que me podía servir: un diminuto botijo de plástico cobrizo. Le até un hilo de nailon al asa y probé la polea improvisada. El botijo subía y bajaba sin problemas cuando tirabas del hilo, aunque tampoco era un milagro, porque estaba hueco y pesaba menos que un garbanzo. Aquello se parecía bastante a una de las fotos del libro, pero yo no estaba muy segura de que fuera una polea.

Al día siguiente, en el recreo, informé de mi invento a Esperanza y a Olguita. Esperanza, mientras se explotaba una espinilla, dijo:

—Yo no pienso hacerla. Me da igual.

Miré la sangre que brillaba sobre su frente grasienta y le pregunté:

—¿Por qué estás en nuestra clase, si ya deberías ir al instituto?

Me taladró con sus ojillos de ratón.

—Porque me da igual todo.

La risa de Olquita sonó como a muñeca nerviosa. Yo le mantuve la mirada a Esperanza. La sangre se había coagulado y formaba un montículo oscuro en medio de la frente. Parecía otro ojo, el más incisivo de todos.

—¿Y por qué hueles mal? —solté de pronto.

A Esperanza se le nublaron los ojos, y sus labios desaparecieron en una mueca de dolor o de desprecio. Me di cuenta de que se sentía traicionada, y de que yo tenía la culpa, pero no abrí la boca. Los coches pasaban veloces por la autopista. Me volví hacia ellos y estuve un rato intentando enfocar las cabezas de los conductores. No se veía a nadie. Parecían coches fantasmas. Cuando me di la vuelta, Esperanza corría hacia el colegio; sus piernas escuálidas apenas se distinguían en la distancia. Ese día no apareció más por clase.

* * *

Don Paco decide que vamos a ensayar una obra de teatro para fin de curso. Habrá que bailar y recitar, nos dice. Carmina Villegas empieza a dar chillidos de alegría y dice que ella recita muy bien, que su mamá le enseñó a cantar saetas. La miro con asco. ¿Qué tendrán que ver las saetas con la poesía?

Don Paco empieza a repartir papeles a algunos de nosotros. Son poesías de Miguel Hernández.

—Miguel Hernández murió en la cárcel por ser poeta —nos dice.

Yo no sabía que a uno le metían en la cárcel por eso, y menos que se moría, pero me olvido de todo al leer el poema que me ha tocado. Se llama «El pez más viejo del río» y habla de un pez y de un niño y de la muerte. No entiendo nada, pero me suena bien.

—Los que tenéis papel, pensad cómo representar vuestro poema —dice don Paco.

Se monta un escándalo tremendo. Los que no tienen poema quieren tenerlo, y los que lo tienen se quejan de que es demasiado largo o de que no les gusta. Yo pienso que cómo voy a representar mi poesía si no la entiendo. Pero no digo nada. Don Paco espera a que Carmina Villegas deje de llorar porque no le ha tocado ningún poema, y dice que los que no lo tienen harán de actores mientras nosotros recitamos. Cuando salgo de la clase ya tengo decidido lo que necesito para mi representación. Necesito un pez y necesito agua.

* * *

A lo largo de la semana me fui convenciendo de que mi polea era una birria, pero no me di cuenta del desastre hasta que entré en clase el lunes siguiente. La polea de Zurita era una inmensa plataforma de madera sobre la que se retorcían todo tipo de engranajes metálicos. Goitia se tambaleaba detrás de una torre de ruedas superpuestas unidas por cables. Pero la polea de Pavón, llena de aparejos dorados, era la más impresionante de todas. Una cadena colgaba de lo alto, y del

extremo pendía una especie de supositorio gigante pintado a cuadros rojos y blancos, que según el mismísimo Pavón era un cohete espacial. Estaba claro que se la había comprado el ricachón de su padre, pero no había forma de demostrarlo.

Don Paco fue pasando por las mesas. Miraba las poleas con aire distraído. Yo estaba roja de vergüenza, y Estebaranz no paraba de darme capones y de cantarle a Zurita al oído:

—Corín no la haaaa traídooo. Corín no la haaaa traídooo.

Yo quería decirles que sí, y que además la había hecho yo sola, pero no me salía la voz.

—¡Estas dos no la han traído! —gritó Zurita cuando don Paco llegó a nuestro pupitre.

Don Paco no le dijo nada a Esperanza, pero a mí me miró fijamente mientras se acariciaba la perilla. Me metí la mano en el bolsillo, saqué mi polea y, después de conseguir encarrilar el hilo de nailon entre los dos botones, la puse en funcionamiento con manos temblorosas. Se oyó una carcajada general y bajé la vista. Don Paco cogió la polea. Parecía intrigado, y sus dedos índice y pulgar tiraron del hilo transparente con tanta delicadeza que daba la impresión de que el botijo se movía solo. Estuvo así un rato largo. Las risas fueron apagándose. La clase entera subía y bajaba los ojos al ritmo del botijo en miniatura.

Don Paco me devolvió la polea y regresó a su mesa frotándose las manos.

—Hoy tocan los vectores de potencia. ¿A que no tenéis ni idea de lo que es eso? —dijo, mirándonos divertido.

Por la mesa de Pavón ni siquiera había pasado.

* * *

Estamos ensayando a marchas forzadas. Nos queda un mes para la representación y la obra, como dice don Paco, está en pañales. He decidido que el río se hará con papel de plata y que el pez será Diego. Se lo digo a don Paco al oído en un descanso. Me mira con una ceja alzada.

—¿Por qué Diego? —pregunta.

La cara me arde al responder:

—Tiene ojos de pez. Y no habla nunca ni se ríe.

La obra comienza con música clásica, con unas danzas que según don Paco son de Monti y se llaman «Czardas», pero que para nosotros son las *Cerdas*, por lo que nos cuesta bailarlas. Entramos al escenario de uno en uno bailando y agitando unos tules de colores. Damos unas cuantas vueltas en corro, dejamos los tules plantados en el suelo y vamos saliendo por el otro lado sin dejar de mover los brazos. Lo tenemos que ensayar mil veces, porque Carmina Villegas no quiere irse nunca del escenario ni soltar su tul malva, y a los demás nos cuesta seguir el ritmo, que a veces es lentísimo y otras veces se vuelve tan frenético que nos chocamos unos con otros.

Luego cada uno sale a recitar su poema. A la inmensa Débora Contreras le toca «Las nanas de la cebolla», que es tan interminable como ella. Siempre se queda atascada en la tercera estrofa, mientras el bebé que tiene en brazos —que no es otro que Goitia— se frota contra sus tetas. Yo sigo sin entender mi poema, pero me lo he aprendido de memoria. Cuando me toca lo recito con voz profunda y los ojos, no sé por qué, se me llenan de lágrimas.

* * *

A mediados de mayo me pusieron lentes de contacto y pensé que mis problemas se habían acabado para siempre. Decidí que iba a entrar en clase con la cabeza bien alta y sonriendo a más no poder.

Sin embargo, de camino al colegio fui encogiéndome y cuando llegué tenía la vista fija en la punta de mi bota, que estaba un poco manchada de barro. Eché de menos mis gafas. Me escurrí dentro de la clase tratando de pasar inadvertida y me senté en el pupitre.

Enseguida empezaron las burlas, de la mano de Estebaranz.

—Eh, chicos. A Corín ya solo le quedan dos ojos...

Zurita le siguió el juego:

—¿A que no sabíais que Corín tiene los ojos color mierda?

Yo ya no podía mirarlos desde detrás de mis gafas. Era como estar desnuda. Levanté un poco los ojos, pero la nitidez de sus rasgos me hizo daño. Desvié la vista hacia los ventanales. Allí, difuminado al trasluz primaveral, estaba Diego sentado en el alféizar. Serio. Mirándome. Por vez primera nuestros ojos se tocaban sin cristales por medio, y era como una caricia muy verde en la pupila. Alcé más la cabeza y sonreí. No sé si él sonrió, porque me di la vuelta enseguida, en el mismo momento en que don Paco entraba en clase.

A la hora del recreo no sabía qué hacer. Esperanza y Olguita hacía tiempo que no me hablaban, así que volvía a estar sola. Di un par de vueltas entre los grupos diseminados por el patio, esperando que alguno me acogiera. Luego me senté junto a la autopista, pero sin las gafas no era lo mismo. Me daba la impresión de que todos se volvían a mirarme. Metí la cabeza entre las rodillas y me puse a contar hasta mil.

* * *

Estamos en el ensayo general. La obra será la semana que viene, coincidiendo con el final del curso. Me duele el estómago de los nervios. El baile nos sale más o menos bien, pero cuando empezamos con los poemas nos atascamos tantas veces que don Paco decide hacer un descanso para que nos tranquilicemos.

—En parejas —dice.

A mí me pilla desprevenida. Todos van agrupándose de dos en dos y me quedo impar. Don Paco me hace una seña para que me acerque a él.

—Vamos a darle a nuestra pareja un masaje en la cara. Mirad cómo lo hago.

Yo no sé lo que es un masaje. Lo único que he visto dar en la cara son besos o bofetadas. No me imagino a don Paco dándome un beso, así que cuando me siento en el suelo cierro los ojos y me quedo esperando lo peor con los dientes apretados. De pronto siento algo tan suave como la piel de un melocotón que presiona mi frente haciendo círculos. Luego camina suavemente hacia las sienes, y después la presión va paseando por las cejas, los pómulos, la barbilla y las mandíbulas. Muy lentamente. Esto es mucho mejor que un beso. Cuando estoy disolviéndome de gusto suena la voz de don Paco:

—Ahora, al revés.

Pego un bote y me vuelven los nervios de golpe. Todos se cambian, y yo me encuentro con la cabeza de don Paco entre mis manos, que se ponen a sudar. Empiezo por la frente, y mi primera duda es si tengo que seguir hacia la calva. Me da vergüenza preguntar, así que me quedo en la frente bastante

rato. Está fría y llena de huesos. Voy con mucho cuidado, porque me da la impresión de que el cráneo de don Paco puede quebrarse con solo apretar un poco. Decido continuar hacia abajo, y cuando estoy en los pómulos me surge otra duda. ¿Qué hago con la perilla? Tocarle la perilla a don Paco me parece algo así como un delito, pero si la esquivo se puede creer que me da asco. Me armo de valor y sigo bajando. Cuando mis dedos se internan entre los pelos erizados me recorre un escalofrío y se me instala una bola de fuego en el vientre. Pienso que acariciarle la perilla a don Paco es algo mucho más íntimo que besarlo.

* * *

Es el último día de clase, y resulta que no hay clase. Don Paco nos da un discurso sobre el año escolar y los buenos ratos, que interrumpe de vez en cuando para mirarnos en plan melancólico. Luego jugamos a las palabras encadenadas y al teléfono. Se nos pasa el tiempo volando, y cuando nos queremos dar cuenta don Paco ya ha repartido las notas. Todo el mundo se queda callado, aunque hay silencios alegres y silencios tristes. Estebaranz empieza a sollozar. Don Paco nos observa apoyado en la mesa, acariciándose la perilla.

—Esas plantas sois vosotros —dice señalando a los ventanales—. Os podéis mirar en ellas como en un espejo. Cada uno que se lleve la suya a casa, y que no se olvide de regarla todos los días.

Yo miro mi cinta repleta de esquejes menuditos. Parece un surtidor. Las hojas están verdes y brillantes, aunque al caer le dan un aspecto tristón. Le sonrío para que se anime.

Como la función se representará por la tarde, don Paco nos reúne antes de que nos marchemos, y nos da los últimos consejos.

—Sobre todo, acordaos de traer el uniforme —nos dice.

El uniforme con el que tenemos que actuar es una camiseta blanca y unos pantalones vaqueros. Me los compró mi madre la semana pasada en el centro, y antes de terminar de comer ya estoy comprobando que no tengan manchas ni arrugas. La camiseta tiene una pequeña estampa de una herradura en el pecho, y dentro de la herradura pone «Old Chap».

—Old Chap —repito por lo bajo, y se me llena la boca de película del Oeste.

El camino hacia el colegio se me hace eterno. Llevo el pelo recogido en dos coletas altas sujetas con unas gomas nuevas de bolas anaranjadas. Una camiseta blanca, unos pantalones vaqueros y cuatro bolas de color melocotón sostienen hoy la Tierra. Voy mirándome en los escaparates. No estoy mal. Sin gafas. Hace un poco de brisa, y sufro al pensar que el pelo se va a escapar de sus dos prisiones. Se me instala otra bola, no sé de qué color, en el estómago.

Llego al salón de actos jadeando. Hay gente para aburrir. Padres, hermanos, alumnos, profesores... Veo a don Paco al fondo haciéndome señas. Corro hacia él y desde ese instante hasta que empieza la función pierdo la noción del tiempo.

—Eh, que ya han soltado a las *Cerdas* —grita alguien.

Vamos saliendo al escenario por la puerta lateral. Yo sigo los pasos de Carmina y procuro no despegar los ojos de su camiseta, que tiene ribetes rosas en las mangas. La muy cursi. Los focos dan tanto calor que empiezo a sudar. El flequillo se me pega a la frente. Me pregunto si así estaré más guapa o más fea. Justo antes de irme del escenario agitando los brazos echo un vistazo al público. No veo otra cosa que una intensa claridad.

El pequeño cuarto que hay junto al escenario parece un avispero. Se enredan los tules con las ramas de árbol, las piernas con el papel charol, los susurros con las risas sofocadas y los dedos con las

cremalleras. Don Paco intenta poner un poco de orden, pero está más nervioso que nosotros y se le atragantan las palabras. Pega un respingo cuando se da cuenta de que ya no queda nadie en el escenario y la música se ha parado. Corre hacia el radiocasete y cambia la cinta.

Comienza la obra, y el escenario se va llenando de árboles y lunas, de flores y pájaros, de tumbas, de nubes, de sangre... Los poemas se van sucediendo y se acerca el mío. Cuando sale Soledad Pimentel con Carmina Villegas disfrazada de gota de agua busco a Diego con la mirada. Está colocándose las aletas de cartón sobre sus brazos pelirrojos. «En este campo / estuvo el mar». Me acerco a él. «Alguna vez volverá». Le ayudo a colocarse las aletas. «Si alguna vez una gota / roza este campo, este campo / siente el recuerdo del mar». Aprieto su mano. «Alguna vez volverá». Suenan aplausos.

—Vamos —le digo.

Sacamos la ristra de papel de plata y la colocamos haciendo eses a lo largo del escenario. El jaleo que metemos al colocar el río se multiplica por diez en la oscuridad. Me sitúo en el borde del escenario, con las piernas colgando, y Diego a mi lado, tumbado en medio del río. Justo en ese momento se encienden los focos. Empiezo a recitar.

El pez más viejo del río
de tanta sabiduría
como amontonó, vivía
brillantemente sombrío.
Y el agua le sonreía.

La cara blanca y redonda de Diego se vuelve casi traslúcida con los focos, y sus ojos verdes se llenan de ondas. Mira fijamente al público con los mofletes inflados, intentando poner cara de pez sombrío. Siento ganas de abrazarlo.

Tan sombrío llego a estar
(nada el agua le divierte)
que después de meditar,
tomó el camino del mar,
es decir, el de la muerte.

Pronuncio cada palabra solemnemente, con la mirada perdida en el círculo de claridad que me rodea. Cuando llego a «muerte» vuelvo a mirar a Diego. Está dándose la vuelta para nadar en sentido contrario. Me entran ganas de llorar. De irme con él.

Reíste tú junto al río,
niño solar. Y ese día
el pez más viejo del río
se quitó el aire sombrío.
Y el agua te sonreía.

Diego se aleja más y más y yo, aunque sigo con las piernas colgando del escenario, me he ido con él. Me han crecido escamas y branquias y los dos nos vamos cogidos de la aleta siguiendo el camino del mar, es decir, el de la muerte. Sin hablar. Sin reírnos. Sabios. Tristes.

Suenan los aplausos, se apagan las luces, y veo a la gente de la primera fila con las caras muy serias. Diego y yo salimos del escenario y nos metemos en el avispero. Don Paco nos recibe riéndose.

—No pongáis esas caras tan largas, que no es para tanto.

Diego y yo nos miramos. Primero se echa a reír él, y luego yo.

Sale Débora Contreras con Goitia disfrazado de bebé. Débora recita íntegramente «Las nanas de la cebolla», y con ellos termina la función. La gente no para de aplaudir. Tenemos que salir cinco veces a saludar. Algunos padres hasta lloran. Don Paco está más nervioso que antes de empezar la obra. Nos abraza.

—Miguel Hernández estaría orgulloso de vosotros —dice, con los ojos húmedos.

Cuando bajamos al salón de actos, la gente quiere besarnos y hablar con nosotros. Incluso los de mi clase me felicitan. Por unos minutos me elevo sobre ellos y los miro desde arriba con los ojos entornados. Nos dispersamos entre padres y familiares. Mientras mi madre me coloca el pelo, oigo la conversación de unas chicas de mi clase.

—¿Y al doce, quién?

—Al doce, el siete. Se lo dijo a Benja la semana pasada.

—¿El siete?

—Sssssh.

Me quedo paralizada. «Al doce, el siete». Le digo a mi madre que espere un momento. Recorro todo el salón de actos zigzagueando entre las sillas. «Al doce, el siete». Me topo con don Paco.

—¿A quién buscas? —me pregunta.

—Al doce —le digo. Me corrijo—: a Diego.

—Creo que se iba con su padre. A lo mejor lo alcanzas —dice don Paco, y me guiña un ojo.

Voy corriendo hacia la salida. Me paro en seco. Ahí está Diego, con su padre pelirrojo. Nos miramos en silencio. Quiero darle un beso en las pestañas y en la boca. Quiero decirte que al siete, el doce. Que te vengas conmigo nadando, hacia la muerte o hacia donde sea...

Pero no digo nada. Diego infla los carrillos y abre al máximo sus ojos de pez. Primero me echo a reír yo y luego se echa a reír él, y se sigue riendo mientras su padre se lo lleva de la mano.

© Isabel Cañelles López